

Interculturalidad, Catolicidad y Vida Consagrada

Arturo Sosa, S.I.

Al acercarse a un tema de esta complejidad y densidad histórica se corre el riesgo de la superficialidad, quedarse en el recuento de lugares comunes o limitarse a hacer planteamientos inútiles. Para no distraer la atención de la finalidad de este encuentro es conveniente dejar atrás los problemas interculturales relacionados con la evangelización durante tantos siglos de historia, especialmente los asociados a la relación entre la misión evangelizadora y los procesos colonizadores de los siglos XV en adelante en varios continentes¹. Estamos invitados a mirar los enormes desafíos inter-culturales del futuro de la humanidad, la Iglesia y la Vida Consagrada, a partir del enfoque propuesto por el Concilio Ecuménico Vaticano II.

Estas reflexiones solo pretenden iniciar el intercambio entre nosotros sobre una temática que experimentamos en nuestra vida cotidiana y percibimos como oportunidad y reto para la Vida Consagrada. Son reflexiones incompletas, escritas a salto de mata, con la libertad del ensayo, género literario que permite expresar las propias ideas sin “aparato crítico”, o sea, permite expresarse no sólo desde la mente sino también desde la experiencia y el corazón.

I. Cultura, inculturación e interculturalidad

Solo por honestidad intelectual se hace necesario comenzar explicitando el concepto de *cultura* al que se hace referencia en este texto. *Cultura* es una palabra usada coloquial y científicamente en modos muy diversos. Por considerar al Concilio Ecuménico Vaticano II un terreno común², tomo el concepto de *cultura* de la Constitución Apostólica *Gaudium et spes* (pidiendo excusas por lo extenso de la cita):

Con la palabra cultura se indica, en sentido general, todo aquello con lo que el hombre afina y desarrolla sus innumerables cualidades espirituales y corporales; procura someter el mismo orbe terrestre con su conocimiento y trabajo; hace más humana la vida social, tanto en la familia como en toda la sociedad civil, mediante el progreso de las costumbres e instituciones; finalmente, a través del tiempo expresa, comunica y conserva en sus obras grandes experiencias espirituales y aspiraciones para que sirvan de provecho a muchos, e incluso a todo el género humano.

De aquí se sigue que la cultura humana presenta necesariamente un aspecto histórico y social y que la palabra cultura asume con frecuencia un sentido sociológico y etnológico. En este sentido se habla de la pluralidad de culturas. Estilos de vida común diversos y escala de valor diferentes encuentran su origen en la distinta manera de servirse de las cosas, de trabajar, de expresarse, de practicar la religión, de comportarse, de establecer leyes e instituciones jurídicas, de desarrollar las ciencias, las artes y de cultivar la

¹ La profundización u conciencia crítica de esos procesos históricos es de capital importancia y no se debe descuidar el cultivo del estudio de la historia. Sin embargo, en estas líneas se pretende mirar hacia adelante por lo que esa interesante temática sería una “distracción” a los objetivos del presente encuentro.

² El Concilio Ecuménico Vaticano II es también la referencia para acotar el período histórico al que se refieren estas reflexiones. Coincide, además, con el tiempo que he vivido en la Compañía de Jesús a la que entré en septiembre de 1966. Me propongo, entonces, compartir con ustedes algunas reflexiones sobre la interculturalidad como desafío para la vida consagrada, en particular para la vida de la Compañía de Jesús, en el periodo postconciliar y a partir de mi experiencia personal. Son reflexiones iniciales que necesitan ser profundizadas tanto académica como espiritualmente. Este encuentro es una excelente oportunidad para ello.

*belleza. Así, las costumbres recibidas forman el patrimonio propio de cada comunidad humana. Así también es como se constituye un medio histórico determinado, en el cual se inserta el hombre de cada nación o tiempo y del que recibe los valores para promover la civilización humana.*³

A efectos de estas reflexiones quisiera subrayar el carácter relacional del concepto de cultura. La cultura es fruto del ejercicio de la libertad humana. Los seres humanos libremente establecen relaciones a través de las cuales se busca y se da sentido a la existencia, a la vida cotidiana personal y social. Las relaciones culturales nacen de la necesidad humana de darle un significado compartido a la vida en común (ideales, valores, actitudes,...), establecer el modo de producir, distribuir y consumir los bienes materiales necesarios para la vida (relaciones económicas), y tomar las decisiones sobre el destino y gobierno de la sociedad civil (relaciones políticas)⁴. Las religiones forman parte importante del sentido, símbolos y significados dados a la vida de un grupo humano a través de la cultura⁵.

Las relaciones humanas son históricas por tanto, dinámicas y cambiantes. La cultura, por consiguiente, se mueve, no existe por sí misma ni forma parte de una especie de genética social que se transmite invariada de una generación a otra. Es, al mismo tiempo, personal y compartida. Cada persona, única e irrepetible, se identifica a sí misma a través de la cultura. Al mismo tiempo, es una identidad socialmente compartida con otros seres humanos, cada uno de ellos también único e irrepetible.

La inculturación⁶ abarca dos vertientes complementarias. La primera es el proceso de inculturarse en la propia cultura, es decir, de hacerse consciente críticamente de ella. Sin la inculturación en la propia cultura no es posible la maduración personal, ni la participación plena en la vida social. La conciencia crítica de la propia cultura es la condición para relacionarse positivamente con la diversidad cultural. La inculturación en la propia cultura supone conocer y traspasar las barreras sociales e intergeneracionales del grupo social al que se pertenece. Es un proceso a través del cual se *des-cubre* la realidad de la que se forma parte y se logra *re-conocer* sus riquezas y sus límites. Traspasar las barreras sociales y las diferencias de edad es un proceso liberador que enriquece a la persona que logra hacerlo.

La segunda vertiente es la inculturación en otra cultura. Es como mudarse a la casa de otra familia a la cual se llega con lo que se es y en la cual se aprende otro universo de relaciones sociales con las que se da sentido a la vida, se organiza la comunidad, se producen y reparte los bienes necesarios. Siempre es un diálogo entre la cultura de la que se viene y aquella a la que se llega. Se llega a la casa del otro con el propio bagaje cultural desde el cual se entra en diálogo con la

³ *Gaudium et Spes*, 53

⁴ Afirmar el carácter relacional de la cultura, así como el reconocimiento de la igualdad entre las culturas (no hay culturas superiores e inferiores) no significa proponer el relativismo cultural que da paso al relativismo moral. No se asume el falso principio de que todo es válido que lleva a la tolerancia ingenua.

⁵ Cfr. STANISLAUS, L. – UEFFING, M. (eds.), *Interculturalidad*, Estella (España), Ed. Verbo Divino, 2017, pp. 18-22 como interesante síntesis de los elementos de la cultura.

⁶ Inculturación es un concepto que supera los de *desculturación* (abandono doloroso de la propia cultura) y de *aculturación* (asunción pasiva o involuntaria de otra cultura). Cfr. MELLA, Pablo, *¿Qué significa formar interculturalmente a un jesuita en América Latina?* Mimeo, Centro Bonó, República Dominicana, 2016

nueva realidad cultural en la que se pretende establecerse. Por eso uso la imagen de la “mudanza a la casa del otro” no solo la de una “visita” de la cual se regresa a la propia casa. La llegada a la casa del otro con la intención de mudarse a ella cataliza una auténtica fecundación de la propia cultura que produce como fruto poder identificarse con aquella a la que se llega hasta hacerse parte genuina de ella. Estoy seguro de que muchos de los aquí presentes han vivido esta experiencia.

Algunas referencias bíblicas pueden ayudar a esta reflexión. Hacer camino al andar es el modo cómo el Señor humaniza a sus elegidos. Por ejemplo, Abram vivía en su casa, en un buen equilibrio con su entorno, con su familia y consigo mismo. Escucha al Señor que le dice: *Deja tu país, a los de tu raza y a la familia de tu padre, y anda a la tierra que yo te mostraré.*⁷ Abram lo hace y se convierte Abraham, padre de la fe y origen de una inmensa y diversa descendencia. No se aferró a su tranquilidad personal ni a la estabilidad que le daba su propia cultura. Supo relativizarla reconociendo sólo a Dios como Absoluto y dirigirse a lo culturalmente desconocido apoyado en su confianza plena en Dios, llevando consigo su identidad cultural y abierto a la novedad que puede ofrecerle un nuevo camino.

El mismo Señor escucha el clamor del pueblo de Israel esclavizado en Egipto⁸. Para liberarlo le pide ponerse en camino, salir de sí mismo rumbo a una tierra prometida, diversa de lo ya conocido para ellos. En el desierto se encuentra con la novedad y añora sus costumbres incluyendo la seguridad que ofrecía la esclavitud. El proceso para llegar a la Tierra Prometida, a una nueva situación cultural es largo y fatigoso. Tanto como para requerir más de una generación.

También el misterio de la encarnación puede leerse como un proceso de inculturación. La contemplación que propone Ignacio de Loyola en los ejercicios espirituales⁹ invita a imaginar la Trinidad, comunidad de personas diversas que comparten la misma naturaleza y hacen un solo Dios, que decide la salvación del género humano. Para ello, hace *salir* al Hijo hacia el mundo humano y hacerse uno de tantos. Salvar al otro comienza por reconocerlo, salir de la propia posición para *encarnarse* en su realidad asumiendo todas sus consecuencias. Veamos también con esos ojos el conocido texto de la carta de San Pablo a los Filipenses 2,6-8¹⁰. Jesús, sin perder su naturaleza divina, su “cultura”, se muda a la humanidad y se identifica hasta la muerte con la condición humana.

En efecto, los evangelios nos describen a Jesús, a quien reconocemos como el *hombre universal*, inculturado en una concreta realidad humana desde la que tiene que aprender a abrirse otros. El episodio del encuentro con la mujer sirio-fenicia¹¹ nos muestra a un Jesús que reacciona espontáneamente de acuerdo a la cultura en la que se ha criado. En un segundo momento, *sale* al encuentro de las necesidades de la mujer y supera las barreras de su cultura para encontrarse con la humanidad necesitada de salvación. Jesucristo, desde de su experiencia humana, nos libera también de los patrones culturales

⁷ Gen 12,1

⁸ Ex. 3,7. El libro del Éxodo narra pormenorizadamente este proceso.

⁹ N. 101-109

¹⁰ *Él compartía la naturaleza divina, y no consideraba indebida la igualdad con Dios, sin embargo se redujo a nada, tomando la condición de siervo, se hizo semejante a los hombres. Y encontrándose en la condición humana, se rebajó a sí mismo haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.*

¹¹ Mc 7,24-30.

Para los religiosos y religiosas de mi generación, inculturarnos en Venezuela fue una aventura maravillosa. Fue un movimiento en el que participaron la mayor parte de las congregaciones presentes en el país, masculinas y femeninas. Se propusieron hacer que “aconteciera la vida consagrada en Venezuela”. Y aconteció... en quienes vinieron de Europa o los Estados Unidos, en las venezolanas y venezolanos que siguieron la llamada a los diferentes carismas, en una Iglesia joven, balbuciente, en busca de su papel en un complejo proceso económico, político y social.

La vida consagrada a finales del Vaticano II en Venezuela era multicultural, con predominio de religiosos y religiosas venidos de Europa, sobre todo de España. Fue una experiencia de acercarse sinceramente al mundo de los pobres, urbanos y campesinos, dejarse evangelizar por su fe y compartir la propia. Se participó en los esfuerzos por mejorar la vida de la gente desde las escuelas católicas populares, la promoción de organizaciones de base, movimientos juveniles, obreros, campesinos, indígenas... La sociedad venezolana, en el contexto mundial de la guerra fría, trataba de dejar atrás décadas de dictaduras militares para caminar al desarrollo moderno en democracia, *sembrando el petróleo*, como se expresaba entonces ese sueño ampliamente compartido. Inculturarnos como consagrados y consagradas en esa realidad dio densidad a la experiencia de Dios que nos llamaba a ser testigos de la Esperanza en medio de la gente.

La inculturación es un proceso siempre incompleto. Los contextos sociales cambian mucho y rápidamente. Las culturas se mueven también según la dinámica de los contextos locales e internacionales. Por eso, la inculturación desde la perspectiva de la vida consagrada exige capacidad de discernimiento en común, fundado en una auténtica vida en el Espíritu de los religiosos y las religiosas que viven el proceso. La inculturación discernida es la compañera de la misión evangelizadora de la vida consagrada que sirve a la misión de Cristo tratando de asemejarse lo más posible a Él.

La inculturación ha llevado a la vida consagrada a experimentar la multiculturalidad como la condición normal de las congregaciones y sus comunidades en todas partes del mundo. Vivir la multiculturalidad pacíficamente ha sido fruto de la inculturación sincera y significa un paso muy importante en nuestra experiencia como consagrados.

Ser cristianos, miembros de la Iglesia Católica, compartiendo el carisma de una determinada Congregación Religiosa ayuda a vivir la multiculturalidad en paz y como fuente de enriquecimiento personal y comunitario. Seguir a Cristo en la Iglesia, con una espiritualidad desarrollada, crea espacios compartidos en los que podemos vivir las diferencias culturales como parte de la fraternidad según los valores del Reino de Dios.

Al mismo tiempo hay que advertir sobre la tentación de crear una cultura o subcultura católica, carmelita, jesuita, franciscana o dominica que se sobreponga o vacíe las culturas de los miembros de la Iglesia o las congregaciones. El evangelio de Jesús es de tal modo universal que puede encarnarse en cualquier cultura y provocar su humanización. Dicho de otro modo, para ser cristiano no es necesario despojarse de la propia cultura para adoptar una inexistente cultura cristiana. Para ser cristiano es necesario abrirse a la conversión que supone la experiencia de la misericordia y el perdón de los pecados que lleva a la

reconciliación con Dios a través del encuentro con el otro y con la propia realidad. Toda cultura necesita de esta experiencia sanadora para crecer en humanidad.

Igualmente hay que reconocer cómo la vida consagrada genera espacios “culturales”¹² a partir de compartir un carisma y una espiritualidad que proporcionan sentido a nuestra vida y una identidad compartida. De hecho, reconocemos “un aire de familia” entre los miembros de cada congregación e incluso entre religiosos y religiosas de diversas congregaciones. Nos sentimos rápidamente en casa cuando vamos a otras comunidades. Los jesuitas desde tiempos del P. Arrupe usamos con frecuencia la expresión *el modo nuestro de proceder* para referirnos a elementos sustantivos de lo que podríamos considerar la “cultura” propia de la Compañía de Jesús con la cual nos identificamos. Más aún, en la fórmula de los votos, al final de noviciado, se promete “entrar en ella, entendiendo todas las cosas según las Constituciones de la Compañía de Jesús”.

También las “culturas” propias de las congregaciones religiosas son dinámicas y se mueven al ritmo de la historia. No podemos ceder a la tentación de considerar intangible e inmutable el carisma, como algo externo y diferente a las culturas de las personas que lo viven y de sus culturas. El llamado del Vaticano II a volver a nuestras fuentes no es un intento de congelar el carisma como “cultura” intangible que se trasmite inmutable generación tras generación. Por el contrario, es un llamado a la fidelidad creativa a la dinámica encarnatoria mostrada por Jesús y a la apertura a los retos que representa el cambio de época para misión de la Vida Consagrada como parte de la Iglesia que encuentra en la evangelización de la historia su razón de ser.

II. La interculturalidad como camino a la catolicidad

El Concilio Vaticano II percibió con claridad los importantes cambios a los que se acercaba la humanidad. Intuyó el proceso que hoy describimos como cambio de la época industrial a la época del conocimiento. Los rápidos avances tecnológicos, sobre todo en el área de las comunicaciones, el acceso a la información, la creciente movilidad humana y la globalización en todos los ámbitos de la vida, son rasgos emblemáticos del cambio de época. Experimentamos el impacto del cambio de época en muchos detalles de la vida cotidiana y, quizá, somos menos conscientes de los muchos, profundos e importantes cambios que se producen en las culturas y en las relaciones intergeneracionales.

La globalización impulsa procesos ambiguos. Algunos estudiosos de este fenómeno distinguen *globalización* de *mundialización*¹³ para indicar la tendencia dominante del proceso. Se llama *globalización* a la tendencia a uniformar los comportamientos y las culturas humanas como consecuencia del cambio de época. Una consecuencia es la disminución de la diversidad cultural. Por tanto, se trata de la tendencia a crear un espacio global monocultural. Se pretende ir imponiendo en todas partes aquellas formas de organización económica e interacción sociopolítica que resultan, en última instancia, favorables al capital transnacionalizado.

¹² En este párrafo uso la palabra “cultura” o “cultural” entre comillas porque no se puede hablar propiamente de una “cultura” al referirnos a lo que nos une e identifica en la Vida Consagrada. Sin embargo, este elemento identificador ayuda a comprender el desafío de la interculturalidad para la Vida Consagrada.

¹³ No en todos los idiomas se puede hacer esta distinción con claridad.

La *mundialización* indica la tendencia a reconocer la creatividad que se expresa en la diversidad cultural como la principal riqueza del proceso de crecimiento exponencial del intercambio humano en todo el planeta. Desde este punto de vista se entiende la universalización como crecimiento de la interacción entre grupos humanos culturalmente diversos capaces de compartir una visión común de los intereses de toda la humanidad. Lo que interesa dejar claro aquí es la necesidad de discernir las tendencias y posibles resultados de las corrientes globalizadoras.

La globalización-mundialización ha multiplicado las corrientes migratorias a lo largo y ancho del mundo. Si la creciente movilidad humana es dominada por la tendencia uniformadora de las culturas la consecuencia sería una restricción paulatina del intercambio cultural que pondría a riesgo incluso la multiculturalidad. Sería un fenómeno semejante al impacto que tiene del medio ambiente en la disminución de la biodiversidad en el planeta. En cambio, la tendencia mundializadora multiplicaría las oportunidades de espacios multiculturales y abriría muchas posibilidades a la interculturalidad. Daría, además, ocasión al aporte de la vivencia espiritual de las religiones como dimensiones de las culturas propiciando la superación de los fundamentalismos. En el 2008, la Congregación General de la Compañía de Jesús lo expresó de esta manera:

*Vivimos en un mundo plurirreligioso y pluricultural. La erosión de las creencias tradicionales y la tendencia a homogeneizar las culturas han fortalecido formas distintas de fundamentalismos religiosos. Algunos usan cada vez más la fe en Dios para dividir pueblos y comunidades y para provocar polarizaciones y tensiones, que quiebran los fundamentos de nuestra vida social. Todos estos cambios nos invitan a ir a las fronteras de la cultura y la religión.*¹⁴

Quizás resulte más claro utilizar el término *catolicidad* para indicar la concepción de universalidad a la que aspiramos como resultado de los procesos de globalización-mundialización. Podemos, entonces, preguntarnos por la relación entre *catolicidad* e *interculturalidad*.

Católico sería el ser humano capaz de sentirse miembro de la humanidad porque se ha hecho consciente críticamente de su propia cultura (inculturación), es capaz de reconocer gozosamente la de otros seres humanos (multiculturalidad) y relacionarse con otros, enriqueciéndose de la variedad de la cual su propia cultura forma parte (interculturalidad). La universalidad vivida de esta manera puede convertirse en un impulso a la justicia social, la fraternidad y la paz.

La catolicidad es la dimensión que nos permite entender la universalidad desde la perspectiva de la experiencia espiritual del Dios de Jesús de Nazaret. Como hemos señalado más arriba la encarnación es un componente esencial de la fe de la Iglesia. Jesús nació en la periferia del Imperio, en una pequeña nación colonizada, se hizo parte activa de su pueblo; entregó su vida a anunciar la liberación como don de Dios con palabras y obras; crucificado y resucitado, envió a sus seguidores a difundir su mensaje de salvación entre todas las culturas. La comunidad de los seguidores de Jesús –la Iglesia– tuvo que superar, con no pocas tensiones, su horizonte local para salir más allá de sus fronteras culturales y

¹⁴ CG 35. Decreto 3, n. 22

experimentar la catolicidad como universalidad con raíces locales. Por eso el Concilio Vaticano II puede afirmar:

*Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón. La comunidad cristiana está integrada por hombres que, reunidos en Cristo, son guiados por el Espíritu Santo en su peregrinar hacia el reino del Padre y han recibido la buena nueva de la salvación para comunicarla a todos. La Iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia.*¹⁵

La interculturalidad¹⁶ sería, entonces, el camino de acceso a la catolicidad pues reconoce las diferencias culturales como revelación del rostro de la humanidad creada a imagen y semejanza de Dios, y se enriquece del intercambio cada vez más profundo entre ellas. La interculturalidad no es, por tanto, un fin en sí misma sino el medio a través del cual creamos las condiciones para vivir plenamente la humanidad. La interculturalidad contribuye a la humanización de las personas, las culturas y los pueblos.

La reflexión sobre la interculturalidad nos lleva más allá de reconocer que han existido y existen muchas, muchísimas, culturas en el mundo (multiculturalidad) para focalizarse en el esfuerzo por construir puentes y establecer comunicación fluida entre ellas. La interculturalidad es un proceso complejo no exento de conflictos

La interculturalidad no es un “encuentro entre culturas” entendido como movimiento alternativo a la inculturación. No se trata con la interculturalidad de producir una esfera o espacio supra, meta o transcultural¹⁷.

El reconocimiento de las culturas diversas y la capacidad de vivir en contextos multiculturales, respetando, y hasta disfrutando, la diversidad es un paso importante. Una tentación de la Vida Consagrada es conformarse con la multiculturalidad como expresión de su universalidad. Conformarse con la buena convivencia entre personas de diferentes culturas sería perder la oportunidad de experimentar la catolicidad al interior de las propias comunidades religiosas. La multiculturalidad como la oportunidad de aceptar el desafío del intercambio enriquecedor entre las culturas lleva a experimentar la interculturalidad como contribución a la universalidad plenamente humana que hemos denominado catolicidad.

Una descripción sencilla de interculturalidad es el “intercambio recíproco entre culturas que puede conducir a la transformación y el enriquecimiento de todos los implicados.”¹⁸. Sin embargo, conviene recordar que la interculturalidad no sustituye ni se opone a la inculturación. Por el contrario es una profundización del proceso. Sin inculturación no es posible la interculturalidad por aquello de que *nadie da lo que no tiene*.

¹⁵*Gaudium et Spes*, n. 1

¹⁶ Las características del fenómeno al que nos referimos con la palabra *interculturalidad* y la relativa novedad de la reflexión sobre él, aconsejan evitar la formulación de un concepto normativo que pueda ocultar más que iluminar su realidad.

¹⁷Cfr. STANISLAUS, L. – UEFFING, M., op. cit., p. 586.

¹⁸STANISLAUS, L. – UEFFING, M., op. cit., p. 23.

La interculturalidad es un proceso participativo e interactivo con el contexto histórico, social, económico y político en el que se desenvuelve. Es un proceso que, como se dijo, hace más dinámico el desarrollo de las culturas propiciando cambios en ellas permitiendo crecer en la dimensión universal de la humanidad.

III. Encarnación, Iglesia Católica y Vaticano II

El Vaticano II toma en serio la catolicidad de la Iglesia. La define como *Pueblo de Dios* universal, para este mundo, en diálogo con todos, en la que todos pueden participar. La Iglesia no es para sí misma sino para el mundo, para proclamar la amistad que Dios ofrece a todo ser humano.

Dios, desde su amor liberador, quiere que todos los hombres se salven¹⁹. La Iglesia es signo o sacramento de este deseo de liberación universal. Es una Iglesia *enviada* a todas las culturas y *desde* todas las culturas a contribuir a la liberación de todos los hombres y de todos los pueblos. Porque es una “Iglesia en salida”-como la ha descrito el Papa Francisco- comprometida en promover una vida digna para todo ser humano. Una Iglesia que sale al encuentro de todos, es decir, que toma el camino de la interculturalidad.

El Concilio Vaticano II recuerda que la Iglesia Católica no es “la luz”²⁰. La Iglesia ilumina porque refleja a Cristo luz del mundo, como lo proclamamos en la liturgia pascual. La Iglesia no lleva ninguna “verdad” a otros sino que promueve el encuentro con Cristo como camino a la humanidad plena: amor, justicia y paz. Es católica porque está “abierta a la diversidad y a la plenitud de la vida humana”²¹.

Siguiendo el razonamiento que venimos haciendo, la catolicidad sólo se puede realizar en la comunicación intercultural. Inculturación e interculturalidad son procesos que enriquecen a quienes se aventuran a ellos. Como Iglesia y Vida Consagrada nos hemos enriquecido de la diversidad cultural, de la inculturación en las dimensiones ya mencionadas. Podemos enriquecernos aún más si profundizamos la interculturalidad. Son procesos que parten de dar la bienvenida a la diversidad como don de Dios. El reconocimiento de la diversidad permite la experiencia del Dios diverso, Uno y Trino, comunidad de amor que comunica su amor de muchas maneras. La asombrosa diversidad y complejidad de la creación lleva a reconocer la riqueza del amor de Dios.

La interculturalidad sigue el modelo *kenótico* de la encarnación de Jesús. Exige, como le explica Jesús a Natanael, *nacer de nuevo. No te extrañes si te he dicho que hay que nacer de nuevo. El viento sopla hacia donde quiere: oyes su rumor, pero no sabes de dónde viene ni adónde va. Así sucede con el que ha nacido del Espíritu*²². Nadie nace intercultural. La inculturación y su paso a la interculturalidad exigen un proceso de formación y transformación interior análogo a la encarnación, a un nuevo nacimiento. En este momento de la historia humana, la Vida Consagrada y la Iglesia reciben esta llamada con fuerza.

*Lograr una comprensión más profunda del Evangelio es un proceso de inculturación*²³. Por consiguiente, la oportunidad de profundizar la

¹⁹ 1Tm2, 4; cfr Jn 3, 17.

²⁰ Jn 1, 9.

²¹ STANISLAUS, L. – UEFFING, M., op. cit., p. 396.

²² Jn3, 7-8.

²³ STANISLAUS, L. – UEFFING, M., op. cit., p. 405.

interculturalidad como característica de nuestra Vida Consagrada es el modo que tenemos a la mano de conocer mejor la Alegre Noticia que estamos llamados a vivir y anunciar en todos los rincones del planeta y en todas las manifestaciones de la vida humana.

IV. Interculturalidad, Fe, Justicia, diálogo, y reconciliación

El camino de la interculturalidad ofrece nuevas oportunidades a la misión de la Iglesia en el mundo actual. Cualquier mirada sobre la presente situación de la humanidad pone de relieve las profundas divisiones que la afectan. Vivimos en sociedades heridas sobre todo por la pobreza, por la falta de condiciones para una vida digna²⁴ para la mayoría de la población mundial. Heridas por las desigualdades convertidas en relaciones estructurales que las preservan e intentan multiplicarlas. Heridas por las ideologías que se convierten en fuente de discriminación entre seres humanos, razas, castas y hasta pueblos enteros. Heridas por los fundamentalismos religiosos que apoyan estructuras inhumanas. Heridas por la violencia convertida en moneda corriente en todas las sociedades y muy especialmente por las guerras que alejan cualquier posibilidad vivir en la normalidad. El Papa Francisco señala que no se trata de diversas crisis en busca de soluciones sino de una sola crisis, la crisis del modelo de relaciones humanas creado hasta el momento. Invita a no cejar de contribuir al esfuerzo de inventar y poner en práctica un modelo alternativo, mejor conectado con las aspiraciones humanas que el Evangelio sintetiza en las dimensiones del Reino de Dios: justicia, paz y amor.

Como cristianos hemos recibido el don de la fe. Creemos que otro mundo es posible porque Jesús se encarnó entre nosotros, entregó su vida en la cruz para el perdón de los pecados de todos y, resucitado, participa de la vida del Dios que nos ha prometido su reino. Al servicio de esa fe, fundados en ella, nos empeñamos en el ministerio de la reconciliación de los seres humanos entre sí, de los seres humanos con la naturaleza creada y de todos con Dios. Tres dimensiones simultáneas de la llamada del crucificado-resucitado para lograr la liberación del género humano.

La interculturalidad, como hemos tratado de describirla en estas líneas, es una oportunidad para realizar mejor el ministerio de la reconciliación al que somos enviados. La interculturalidad nos pone en el camino de la auténtica ciudadanía universal que parte del reconocimiento de todos y cada uno de los seres humanos, los pueblos y sus culturas, cada uno *tal cual es*, sin diferencias ni distinciones. Un camino que lleva a la Justicia Social a través de la reconciliación. La justicia social a la que se aspira no se logra con remiendos al actual modelo de relaciones sociales con sus estructuras de poder. Supone nuevas estructuras de poder en un nuevo modelo por diseñar y hacer realidad, tarea, repito, a la que estamos llamados a contribuir.

Adentrarse en la interculturalidad supone aumentar y afinar la capacidad de diálogo, dimensión necesaria en este proceso. Un diálogo que es inter-religioso e

²⁴ Una vida digna o una vida buena, exige no sólo satisfacer las necesidades básicas de alimentación, cuidado de la salud, vivienda, educación de calidad, trabajo que permite sostenerse... sino ser sujeto activo de la vida ciudadana y poder tomar decisiones libres para realizar los propios sueños (deseos).

inter-cultural y, a la vez, intra-religioso e intra-cultural, como hemos tratado de explicar más arriba. Las resistencias y los obstáculos están a la vista de todos.

El crecimiento de las migraciones en todo el mundo puede servirnos de ejemplo. La movilidad ha sido una característica de la humanidad desde sus orígenes. Asistimos en la actualidad a un crecimiento exponencial de la movilidad humana gracias al desarrollo tecnológico y la tendencia mundializadora de la nueva época histórica que vivimos. Si bien ha crecido la movilidad voluntaria, libremente elegida, la mayor parte de los flujos migratorios actuales son obligados por las condiciones de pobreza, la violación de los derechos humanos, la guerra, la violencia social y el tráfico de personas. Ya en las causas del aumento de los flujos migratorios involuntarios encontramos las resistencias y obstáculos al diálogo intercultural. Como hemos apuntado más arriba, los radicalismos ideológicos, fundamentalismos religiosos y lucha por el poder están a la raíz de la pobreza, la violencia y las guerras que obligan a dejar la propia casa, familia, región o país en busca de mejores condiciones de vida.

También se multiplican las resistencias a los flujos migratorios en las sociedades receptoras. La manipulación de la identidad nacional para convertirla en nacionalismo intolerante y los personalismos políticos, disfrazados de “populismos”, en busca de implantar autocracias, son dos de esas resistencias a la interculturalidad acogedora presentes en muchas partes, claramente en Europa y los Estados Unidos de América del Norte.

¿Cuáles son las consecuencias de aceptar el envío al ministerio de la reconciliación teniendo la interculturalidad como dimensión de la nueva evangelización?

La primera es profundizar con visión crítica los orígenes del carisma de cada familia religiosa y su desarrollo histórico. La interculturalidad supone la contextualidad de cada cultura y sus expresiones, incluida la religiosa. Los fundadores de congregaciones religiosas respondieron desde su experiencia de fe a situaciones precisas de sus respectivos contextos. Cada congregación ha ido discerniendo a lo largo de su historia cómo vivir el carisma en contextos diversos y cambiantes. Ignacio de Loyola parece haber sido consciente de la necesidad de tener en cuenta los contextos en la realización de la misión. Al escribir la Constituciones de la Compañía de Jesús repite, casi como un ritornelo, que las normas hay que entenderlas según las personas, los tiempos y los lugares. Por eso, es necesaria una visión crítica de la historia de la Iglesia en la que nace y se desarrolla la Vida Consagrada.

En la actualidad la Iglesia Católica vive los tiempos del Vaticano II en medio a un proceso de cambio de época histórica de la humanidad. De allí que profundizar en la visión crítica de la propia tradición carismática es una tarea exigente para cada congregación religiosa y necesaria para el futuro de la Vida Consagrada.

Una segunda consecuencia a la que quisiera referirme es la necesidad de hacer del discernimiento espiritual comunitario el modo ordinario de tomar decisiones sobre la misión en cada contexto en el que está inculturada la Vida Consagrada. Partimos de la constatación de la existencia cada vez mayor de comunidades religiosas internacionales y multiculturales. Más aún, con mayor o menor conciencia estratégica, se fomenta este tipo de comunidades. La temática de este encuentro indica que, además, queremos comunidades interculturales.

Las comunidades interculturales están situadas en alguna parte, en un contexto cultural determinado del cual no se puede y no se quiere prescindir. Se trata de una interculturalidad inculturada, es decir, en relación con un contexto local que exige aprender una lengua, adoptar un estilo de vida, comidas, vivienda, transporte... Al mismo tiempo abrirse a la interculturalidad.

El desafío de las lenguas no es de poca monta. La tensión entre compartir una misma lengua en la comunidad, incluso en la congregación, y dominar la lengua local del sitio en el que se vive en misión es parte de la vida normal de los religiosos y religiosas. Esta tensión no debe desaparecer. Aprender la(s) lengua(s) local(es) es una de las mejores tradiciones misioneras de la vida consagrada. Poder comunicarse efectivamente dentro de la comunidad y con toda la congregación exige tener alguna(s) lengua(s) común(es). Por una parte, vocaciones provenientes de diversas culturas y comunidades religiosas multiculturales traen consigo la multiplicación de las lenguas en los grupos. Por la otra, las exigencias de la formación y de la comunicación dentro de la propia congregación llevan a adoptar alguna(s) lengua(s) de uso común. Esta es una de las tensiones propias de la interculturalidad que vale la pena afrontar con amplitud de espíritu.

Lo que entusiasma y lleva a la interculturalidad es la misión compartida, discernida en común, planificada con sensatez y evaluada con realismo. Para ello se requiere de religiosos y religiosas con auténtica vida en el Espíritu, alimentados en la Eucaristía, capaces de pensar libre y críticamente y entregados generosamente a la misión. Darle vida a la comunidad y cuidar la salud espiritual de sus miembros es una dimensión permanente de la misión.

La tercera consecuencia tiene que ver con la formación tanto inicial como permanente. La experiencia nos confirma la dificultad de la formación permanente en la Vida Consagrada. Sin embargo, las condiciones de los tiempos que vivimos la hacen una necesidad impostergable sin la cual es impensable la efectividad en la misión y la continuidad del carisma de cada congregación. La experiencia de inculturación ha supuesto disponibilidad espiritual y formación para realizarla. La interculturalidad también las exige, con la novedad que ella significa para todas las edades y culturas de los religiosos y religiosas. Uno de los mayores desafíos de la formación para interculturalidad es conocer y tomar en cuenta las culturas juveniles existentes en los diferentes contextos sociales actuales²⁵.

¿Cómo tematizar en los planes de formación, inicial y permanente, la pluralidad de la experiencia religiosa y cultural contemporánea con vistas a una visión espiritualmente integrada y enriquecida por la diversidad?

La respuesta a esta pregunta nos debe llevar a *examinar*²⁶ las prácticas de la vida religiosa. Algunas podrán ser confirmadas en modo novedoso como la austeridad comunitaria en clave más ecológica y bienes compartidos; la vida de oración como condición para el discernimiento espiritual, entre ellas.

²⁵Las culturas juveniles nos retan en muchos sentidos. Lo menciono como tarea pendiente que va más allá de lo que se propone este encuentro.

²⁶ Ignacio de Loyola recomienda el *examen* permanente de lo que se hace. Invita a encontrar el paso de Dios por nuestra vida. El examen comienza con una acción de gracias por los dones recibidos y contrasta lo que hacemos con la voluntad de Dios sobre nuestras vidas.

Otras, como la obediencia y la castidad, tendrán que ser reflexionadas en mayor profundidad al tener que someterlas al escrutinio de la diversidad. La obediencia nos pone delante de las estructuras y modos de ejercicio de la autoridad religiosa como instrumentos para facilitar *el buscar y hallar* la voluntad de Dios sobre las personas, comunidades y obras apostólicas. La diversidad obliga, también, a una profundización ética, filosófica y teológica de la afectividad humana, sus manifestaciones en los modos de vivir la sexualidad y el sentido del celibato religioso²⁷.

El proceso formativo consiste en pasar, de un modo consciente y acompañado, de la inculturación (formación contextualizada) a la internacionalización por etapas que lleva a la experiencia de la multiculturalidad y abre las puertas de la interculturalidad.

La formación inicial y permanente está también llamada a acompañar los procesos de reestructuración de la Vida Consagrada²⁸ en los que está cada vez más presente la cuestión cultural en sus múltiples dimensiones. Entre ellas la incorporación de los jóvenes religiosos²⁹ y sus culturas³⁰ en comunidades internacionales, multiculturales que se proponen incorporar la interculturalidad como dimensión normal de la vida consagrada.

En el discernimiento vocacional se hace también necesario introducir la dimensión cultural. Sabemos que no todo el mundo está en condiciones de vivir lo que propone la vida consagrada según cada carisma fundacional. El discernimiento vocacional busca *examinar* si la persona inquieta escucha una llamada del Espíritu y si tiene las condiciones para vivir la consagración religiosa. Introducir la dimensión cultural en este discernimiento significa evaluar la apertura del candidato(a) a la diversidad que comienza con el respeto del otro y una visión crítica de su propia cultura. Luego habría que examinar su capacidad de convivencia multicultural y su disposición a la interculturalidad

El encuentro con otros requiere un proceso formativo dialogante en muchas dimensiones al mismo tiempo: el contexto, las culturas, el carisma, la historia, los procesos personales, la preparación intelectual... Sólo con la ayuda de la gracia de quien nos invita a esta vida es posible abrirse a la experiencia de la interculturalidad como dimensión de nuestra vida cristiana, religiosa y misionera.

²⁷Cfr. MELLA, P., loc. cit.

²⁸ Por diversos motivos y con velocidades distintas todas las congregaciones religiosas han emprendido un proceso de reestructuración de su organización y formas de gobierno. Acompañar este proceso en modo formativo es crucial para lograr una transición con sentido de la misión, abierta a la incorporación de personas y formas de colaboración novedosa.

²⁹ Conocer las culturas juveniles y dialogar con ellas es uno de los grandes desafíos de la evangelización. Al convocar el Sínodo de 2018 el Papa Francisco ha invitado a la Iglesia a *escuchar* a los jóvenes. También la Vida Consagrada puede aprovechar esta oportunidad para escuchar y examinar su percepción de las culturas juveniles y su incidencia en ella.

³⁰ La relación con el espacio digital o ciberespacio es uno de los aspectos a considerar críticamente al evaluar las culturas juveniles y los programas de formación en la vida consagrada.